

La asamblea alzó los ojos al cielo y un murmullo general de admiración resonó en la sala.

—Caballero — dijo Mr. Stiggins, desabrochándose el vestido y en voz muy alta; — se me figura que esta asamblea está vergonzosamente embriagada. Hermano Tadger — continuó con creciente ferocidad, — me parece que estáis borracho.

Al decir esto, Mr. Stiggins, con el loable propósito de estimular la sobriedad de la asamblea y de excluir toda persona indigna, descargó sobre las narices de mister Tadger un puñetazo tan bien apliado, que el pequeño secretario desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Había sido precipitado por la escalera abajo.

Al ver este movimiento declamatorio, las mujeres lanzaron gritos desgarradores, y precipitándose sobre sus hermanos, los rodearon con los brazos para preservarles del peligro. Esta prueba de afecto fué fatal para el hermano Humm, porque estuvo á punto de ser ahogado por las hermanas, que se le colgaron al cuello, prodigándole toda clase de caricias; casi todas las luces fueron apagadas, y no se oyó más que una algarabía espantosa.

—Ahora, Sammy, me toca á mí — dijo Mr. Weller, quitándose el gabán con ademán resuelto.

—Qué vais á hacer?

—No te inquietes; voy á arreglar mis cuentas con ese Stiggins.

Habiendo dicho esto, y antes que Sam pudiera retenerle, el heroico viejo penetró en un rincón de la estancia donde se encontraba el reverendo Stiggins, y le atacó con admirable destreza.

—Vámonos — le dijo Sam.

—¡Acércate! — dijo Mr. Weller, y sin más advertencia, administró al reverendo Stiggins un mocicón en la cabeza; después se puso á bailar en torno suyo con una destreza increíble á su edad.

Viendo que sus observaciones eran inútiles, Sam tomó el gabán de su padre, y asiendo por el cuello al robusto cochero, lo arrastró fuera de allí, bajó con él la escalera, y no le soltó hasta ponerle en la calle. Cuando llegaron abajo, oyeron el tumulto ocasionado por la dispersión de los hermanos de la rama *Brick-Lane* de la asociación de la Templanza, y vieron, por último, pasar á Mr. Stiggins, á quien entre los gritos del populacho llevaban á pasar la noche á la sombra.

CAPITULO XXXIV

Enteramente consagrado á una reseña completa y fiel del famoso proceso Bardell contra Pickwick.

—Yo quisiera saber lo que el jefe del jurado ha comido hoy en el almuerzo, — dijo Mr. Snodgrass, en la memorable mañana del 14 de febrero.

—¡Ah! — respondió Mr. Perker; — creo que habrá hecho un buen almuerzo.

—Por qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Es importante, sumamente importante, amigo mío. Un buen jurado que haya almorzado bien, es cosa capital para nosotros. Los jurados hambrientos ó tristes son buenos para el demandante.

—Pero, ¿en qué consiste? — preguntó Mr. Pickwick estupefacto.

—No lo sé — respondió el procurador. — Cuando el jurado se retira á la cámara de las deliberaciones, si la hora de la comida se acerca, el presidente saca el reloj y dice: — ¡Gran Dios! ¡las cinco y media, y como á las cinco! — Yo también, dicen los otros, excepto que debían haber comido á las tres, y que por consiguiente, tienen más prisa. El presidente sonríe y guarda el reloj. — Pues bien, señores: ¿qué hacemos? ¿El demandante ó el demandado?... Yo creo... se me figura que el demandante tiene razón... Entonces, dos ó tres del jurado dicen lo mismo, como es natural, y entonces sentencian todos unánimemente, como es natural. — Las nueve y diez; ya es hora de partir. La sala del tribunal está siempre llena cuando se trata de una violación de promesa de matrimonio. Pedid un coche, si no queréis que lleguemos tarde.

Mr. Pickwick tiró de la campanilla; trajeron un coche, y los cuatro pickwickianos se dirigieron en él, acompañados de Mr. Perker, á Gildall Sam Weller, Mr. Lowten y el saco azul que contenía los autos, seguían en un cabriolet.

—Lowten — dijo Perker cuando llegaron á la sala; llevad á Mr. Pickwick á la tribuna.

—Por aquí, caballero, por aquí.

El procurador llevó á Mr. Pickwick á un sitio poco elevado, situado debajo de la oficina del consejo del rey. Desde allí los procuradores pueden cuchichear cómodamente al oído de los abogados, indicándoles los datos que la marcha del proceso hace necesarios. Son invisibles á la mayor parte de los espectadores, porque están sen-

tados mucho más bajo que los abogados y que los jueces, cuyos asientos dominan el estrado.

—¿Esta es la tribuna de los testigos? — dijo mister Pickwick, indicando á su izquierda una especie de catreda rodeada de una balaustrada de cobre.

—Sí — respondió Mr. Perker, extrayendo una gran cantidad de papeles del saco azul que Lowten acababa de dejar á sus pies.

—¿Y allí — dijo Mr. Pickwick indicando á su derecha un par de bancos encerrados en otra balaustrada, — allí se sientan los jueces?

—Justamente — respondió Mr. Perker tomando un polvo.

Mr. Pickwick, informado de todo, paseó sus miradas por la sala.

Había en la galería una multitud de espectadores, y en el sitio de los abogados una excelente colección de individuos con peluca. Un saludo de Mr. Punky cuando entró á tomar su sitio detrás del banco reservado al consejo, atrajo la atención de Mr. Pickwick. Apenas le había contestado, apareció Mr. Snubbins, seguido de mister Maillard, que depositó sobre la mesa un enorme saco rojo. Después entraron dos ó tres abogados más, y entre ellos un hombre rubicundo, que hizo un amistoso signo á Mr. Snubbins y le dijo que la mañana era buena.

—¿Quién es ese hombre rubio? — preguntó mister Pickwick á su procurador.

—Es Mr. Buzfuz, el abogado de nuestra adversaria. Aquel caballero colocado detrás de él es Mr. Shimpin, su compañero.

Mr. Pickwick, lleno de horror al ver la maldad de aquel hombre, iba á preguntar cómo Mr. Buzfuz, que era el abogado de la parte contraria, se permitía decir á su propio abogado que la mañana era buena, cuando fué interrumpido por un grito de *silencio*, que profirieron los alguaciles. Mr. Pickwick se levantó y advirtió que aquel ruido provenía de la entrada del juez.

El juez, Mr. Stareleigh, era un hombre tan excesivamente pequeño y gordo, que parecía todo cara y todo chaleco. Rodó por la sala sobre dos pequeñas piernas, y saludando gravemente á los demás jueces, puso sus piernas bajo la mesa y su sombrero tricorno encima. Cuando el juez presidente, Mr. Stalereigh, hubo hecho esto, todo lo que se veía de su persona eran dos pequeños ojos muy maliciosos y una frente roja y la mitad de una gran peluca muy cónica.

Cuando el juez tomó asiento, el ugier gritó *silencio* en tono imperativo, y otro ugier en la galería repitió con voz colérica *silencio*, y tres ó cuatro ugieres les res-

pondieron con indignación *silencio*. Después, un hombre vestido de negro, sentado delante del juez, llamó por su nombre á los del jurado. Después de mucho gritar se vino en conocimiento de que no había más que diez jurados especiales. A petición de Mr. Buzfuz, se nombraron dos jurados extraordinarios, que fueron un boticario y un tendero de comestibles.

—Caballero — dijo el hombre vestido de negro, — responded á vuestro nombre para prestar juramento.

¿Ricardo Upwitch?

—Presente — respondió el tendero.

—¿Tomás Groffin?

—Presente — dijo el boticario.

—Tomad el libro, caballero. ¿Juzgaréis fiel y lealmente...

—Pido perdón al tribunal — interrumpió el boticario, que era grande, flaco y amarillo; — pero espero que el tribunal no me obligará á estar aquí.

—¿Y por qué no? — dijo el juez Stareleigh.

—No tengo dependiente en mi tienda — respondió el boticario.

—Eso no me importa. Deberíais tenerlo.

—No me es posible.

—Pues debería seros posible — respondió el juez poniéndose rojo, porque su temperamento no soportaba la contradicción.

—Yo sé que debería serme posible, si yo prosperara; pero es el caso que no prospero.

—Tomad juramento á ese caballero — dijo el juez en tono perentorio.

El oficial no había pasado del *juzgaréis fiel y lealmente*, cuando fué interrumpido por el boticario.

—¿Pero es preciso que yo jure? — preguntó.

—Sí, sí, señor — respondió el juez amostazado.

—Muy bien, milord — dijo el boticario en tono de resignación. — Habrá hombre muerto antes de que se acabe el juicio. Tomadme juramento si queréis.

Y el boticario juró antes que el juez contestara una palabra.

—Milord — dijo el boticario sentándose tranquilamente; — yo quisiera advertiros que no he dejado más que un galopin en la botica. Es un chico excelente, pero que no entiende de drogas, y yo sé que en su cabeza, *sal de higuera* quiere decir *ácido prúsico*, y *sirop de hipocacuana*, *láudano*.

Al proferir estas palabras, el boticario se arregló cómodamente en su asiento, puso la cara amable y pareció preparado á todo acontecimiento.

Mr. Pickwick lo contemplaba con profundo horror, cuando una ligera sensación se notó en el tribunal. Mis-

tress Bardell, sostenida por mistress Cluppins, entró y fué colocada al otro extremo del banco que ocupaba Mr. Pickwick. Un enorme paraguas fué traído por mister Dodson, y un par de zuecos por Mr. Fogg: los dos habían preparado para aquella ocasión sus sonrisas más simpáticas y compasivas. Mistress Sanders apareció en seguida, conduciendo al chico Bardell. Al ver al niño, la tierna madre se estremeció, volvió en sí y lo besó con frenesí; después, cayendo en un estado de imbecilidad histérica, la buena mujer preguntó á sus amigas que dónde estaba. En contestación á esto, mistress Cluppins y mistress Sanders volvieron la cabeza y se pusieron á llorar, mientras Dodson y Fogg suplicaban á la demandante que se tranquilizara.

Mr. Buzfuz frotó fuertemente sus ojos con un pañuelo blanco y lanzó al jurado una mirada que parecía apelar á su humanidad. El juez estaba visiblemente afectado, y muchos tosieron para ocultar su emoción.

— ¡Magnífica idea! — murmuró Perker al oído de Mr. Pickwick. — Dodson y Fogg son hábiles. He aquí una escena de excelente efecto.

Mientras Mr. Perker hablaba, mistress Bardell volvía lentamente en sí; y mistress Cluppins, después de haber examinado cuidadosamente los botones de su hijo, le colocó sobre el piso delante de su madre, posición ventajosa, donde no podía menos de despertar la conmiseración de los jueces. Sin embargo, aquello no pudo hacerse sin una gran oposición por parte del chico, porque se figuró que aquello era una formalidad legal, después de la cual se le condenaría á la muerte ó al destierro.

— ¡Bardell y Pickwick! — exclamó el caballero vestido de negro, nombrando la causa que estaba en lista la primera.

— Milord — dijo Mr. Buzfuz, — yo defiendo á la demandante.

— ¿Con quién? — preguntó el juez.

Mr. Skimpin saludó para expresar que era con él.

— Yo defiendo la parte contraria — dijo á su vez mister Snubbins.

— ¿Hay alguno con vos, Mr. Snubbins? — continuó el juez.

— Mr. Phunky, milord.

— Nunca había oído este nombre.

Aquí Mr. Phunky saludó y sonrió, y el juez sonrió y saludó también; y entonces Mr. Phunky, encarnado hasta lo blanco de los ojos, se esforzó en aparentar que ignoraba que le miraba todo el mundo, cosa que hasta ahora no ha logrado en circunstancias iguales nadie.

— ¡Empecemos! — dijo el juez.

Los porteros gritaron de nuevo: ¡silencio! y mister

Skimpin expuso la causa; pero una vez expuesta, la audiencia no adelantó mucho, porque el abogado había guardado cuidadosamente para sí las particularidades que sabía, y cuando se sentó, el jurado no había sacado nada en limpio.

Mr. Buzfuz se levantó en seguida con toda la dignidad que el caso exigía, dirigió algunas palabras en voz baja á Dodson y Fogg, se estiró la toga, arregló su peluca y se dirigió al jurado.

Empezó diciendo que nunca, en el curso de su larga carrera, en todo el tiempo que había empleado en el estudio de las leyes, no había tomado parte en una causa con sentimientos de emoción tan profunda, con la conciencia de tan grave responsabilidad; responsabilidad, podía decirlo, que nunca hubiera aceptado, si no se sustentara la convicción, la certeza más bien, de que la causa de la justicia, la causa de su cliente engañada, inocente y perseguida, debía prevalecer en la opinión de los doce caballeros inteligentes, nobles y generosos que veía sentados frente á él.

Los abogados principian siempre de esta manera, porque esto les da gusto y satisfacción, haciendo creer que son personas muy difíciles de engañar. Un efecto visible fué producido instantáneamente, y muchos individuos del jurado empezaron á tomar con actividad voluminosos notas.

— Caballero, ya sabéis por mi sabio amigo — continuó Mr. Buzfuz (aunque sabía muy bien que los jueces no sabían nada por el amigo en cuestión), — ya sabéis por mi sabio amigo que esta es una acción por violación de promesa de matrimonio, en la cual se piden 1.500 libras de perjuicios; pero no sabéis aun cuáles son los hechos y circunstancias de la causa. Estos hechos y estas circunstancias, señores, vais á oírlos detalladamente, y probadas por las verídicas damas, que yo colocaré ante vos en esta tribuna.

Aquí Mr. Buzfuz, acentuando enfáticamente la palabra *tribuna*, dió un puñetazo majestuoso mirando á Dodson y Fogg. Estos hicieron una señal de admiración por el abogado, de indignación y desconfianza por mister Pickwick.

— La demandante, señores — continuó Mr. Buzfuz con voz dulce y melancólica, — la demandante es una viuda. Sí, señores, una viuda. El difunto Mr. Bardell, después de haber gozado durante muchos años de la estimación y de la confianza de su soberano, como uno de los guardianes de las rentas públicas, se alejó casi imperceptiblemente de este mundo, para ir á buscar en otra parte el reposo y la paz que la aduana no podía dar.

Al emitir esta poética descripción de la muerte de Mr. Bardell, á quien habían roto la cabeza de un trancazo en una reyerta de taberna, la voz del sabio abogado tembló y se apagó un instante. Después continuó con gran emoción:

—Algún tiempo antes de su muerte había impreso su semblante en el de este niño. Con este único hijo, prenda de amor del difunto aduanero, mistress Bardell se ocultó al mundo y buscó la tranquilidad en la calle Gosswell. Allí colocó en los cristales de una ventana un cartel con esta inscripción manuscrita:

*Se alquila una habitación amueblada para soltero.
Dirigirse al entresuelo*

Mr. Buzfuz hizo una pausa, mientras muchos caballeros del jurado tomaban nota de este documento.

—¿No tiene fecha este hecho? — preguntó el juez.

—No, señor, no tiene fecha — contestó el abogado; — pero estoy autorizado á declarar que ese cartel fué puesto en la ventana de la demandante hace justamente tres semanas. Llamo la atención de los jueces sobre los términos de este documento. *Habitación amueblada para soltero.* Señores: la opinión que mistress Bardell había formado del otro sexo se derivaba de una larga contemplación de las cualidades del esposo que había perdido. No tenía tema, no tenía desconfianza, no tenía sospechas; ella era toda abandono y toda confianza. Mister Bardell, decía la viuda, Mr. Bardell era en otro tiempo soltero. A un soltero, pues, pediré yo protección, asistencia, consuelo. En un soltero veré yo constantemente alguna cosa que me recuerde lo que era Mr. Bardell, cuando conquistó mi juvenil y virginal afecto; á un soltero alquilaré mi habitación. Impulsada por esta lella y tierna inspiración, la viuda, solitaria y desolada, secó sus lágrimas, amuebló su primer piso, estrechó á su inocente vástago en el seno maternal, y puso en la ventana el cartel que ya conocéis. ¿Estuvo allí el cartel mucho tiempo? No. La serpiente estaba en acecho, la mecha estaba encendida, la mina estaba preparada. El cartel no había estado tres días en la ventana, ¡tres días... señores! cuando un sér, que andaba en dos pies y se parecía exteriormente á un hombre y no á un monstruo, tocó á la puerta de mistress Bardell. Se dirigió al entresuelo, alquiló su habitación y se instaló en ella al siguiente día. ¡Este sér era Mr. Pickwick!

Mr. Buzfuz había hablado con tanto entusiasmo, que su rostro se puso enteramente carmesí. Detúvose para tomar aliento. El silencio despertó al juez Stareleigh, que inmediatamente escribió alguna cosa con una pluma

sin tinta, y tomó un ademán extraordinariamente reflexivo, á fin de hacer creer al jurado que pensaba más profundamente cuando más dormido estaba.

Mr. Buzfuz continuó:

—Poco diré de este hombre. El asunto ofrece poco atractivo y no tendría yo más placer que vosotros, señores, en extenderme sobre su egoísmo repugnante, sobre su maldad sistemática.

Al oír estas palabras, Mr. Pickwick, que desde algunos instantes escribía en silencio, se estremeció como si se hubiera presentado á su espíritu una vaga idea de atacar al abogado delante de los mismos jueces. Un gesto de Mr. Perker le detuvo; escuchó el resto del discurso de Mr. Buzfuz con un ademán colérico que contrastaba con el rostro de admiración de las damas Cluppins y Sanders.

—Digo maldad sistemática — continuó el abogado mirando á Mr. Pickwick y dirigiéndose directamente á él, — y cuando digo maldad sistemática, permitidme advertir al delincuente, si está en la sala, como creo que está, que hubiera sido más decente, más conveniente y más juicioso no haber venido aquí. Dejadme advertirle, señores, que si se permite algún gesto de desaprobación en este recinto, vos sabréis apreciarlo y pedirle cuentas rigurosas; permitidme que le diga que un abogado que cumple su deber con sus clientes, no debe ser ni intimidado, ni amenazado, ni maltratado, y que toda tentativa para cometer cualquiera de estos actos, caerá sobre la cabeza del maquinador, ya sea demandante ó demandado, llámese como quiera.

Esta digresión produjo el efecto deseado, que era hacer que todas las miradas se dirigieran á Mr. Pickwick. Mr. Buzfuz continuó tranquilamente.

—Yo os probaré, señores, que durante dos años, Pickwick continuó constantemente y sin interrupción viviendo con mistress Bardell; yo os probaré que durante este tiempo, la dama le cuidó, le sirvió, le hizo la comida, dió su ropa á la lavandera, gozó en fin de toda la confianza de un inquilino. Yo os probaré que en muchas ocasiones dió al chico medios peniques, y á veces piezas de seis peniques; os probaré también, por la declaración de un testigo, que acarició una vez al niño y le dijo estas notabilísimas palabras: *¿Os alegraríais de tener un segundo padre?* Os probaré que hace un año, mister Pickwick empezó á ausentarse de la casa durante largos intervalos, como si hubiera tenido intención de separarse gradualmente de mi cliente; pero también os haré ver que en aquel tiempo su resolución no era aun bastante fuerte, y sus buenos sentimientos se mostraban en él todavía. Al volver de uno de sus viajes, dió posi-

tivamente palabra de matrimonio, después de haber cuidado de que no hubiera testigos de aquel contrato solemne. Sin embargo, estoy dispuesto á probaros, según el testimonio de tres amigos suyos que declararon bien á pesar suyo, que en aquella misma mañana fué descubierto por ellos, teniendo á la demandante en los brazos y calmando su agitación con la dulzura de sus palabras.

Impresión visible produjo en el auditorio esta parte del discurso del sabio abogado. Sacando de su saco dos papeles dijo:

—Y ahora, señores, una palabra me falta. Felizmente hemos encontrado dos cartas que dicen más que un tomo. Estas cartas revelan el carácter del hombre. No están escritas con un lenguaje franco, elocuente, ferviente, que respire el perfume de una ternura apasionada; no, están llenas de precauciones, de astucias, de reticencias; pero son tan categóricas como si contuvieran las expresiones más ardientes, las más poéticas imágenes; cartas que Mr. Pickwick destinaba á desorientar á los terceros en cuyas manos pudieran caer. Voy á leerlos la primera, señores: «Garraway: Querida mistress B.: ¡Chuletas de carnero y salsa de tomates! Pickwick. ¡Chuletas de carnero! ¡Santos cielos! ¡Y salsa de tomates! Señores, ¿la dicha de una mujer virtuosa había de ser destruída por tan viles artificios? La otra carta no tiene fecha, por lo cual es más sospechosa: «Querida mistress B.: No llegaré á esa sino mañana; el coche va atrasado». Y en seguida vienen estas notables expresiones: «No os inquietéis por el calentador». ¡El calentador! ¡Eh! señores; ¡que no se inquiete por el calentador! ¿Cuándo la paz de un hombre y de una mujer ha sido turbada por un calentador? Por un calentador, que es por sí un mueble doméstico, inocente, útil, y si se quiere, cómodo. ¿Por qué se suplica tan calurosamente á mistress Bardell que no se inquiete por el calentador? Al menos que ese mueble no sea alegoría de un juego oculto, ó equivalga á alguna expresión carifosa, á alguna promesa halagüeña, y que Mr. Pickwick emplee como disfraz de sus intentos esta correspondencia enigmática, esta palabra es un misterio para todo el mundo. ¿Qué significan estas palabras: *el coche va atrasado*? No me admirara que pudieran aplicarse al mismo mister Pickwick, que incontestablemente ha ido muy criminalmente atrasado en este asunto.

Basta, señores. Para concluir diré que el porvenir de mi cliente está perdido, y no es una figura de retórica decir que su casa está vacía. El cartel no está puesto, y por lo tanto, no hay inquilino. Estimables célibes pasan noche y día por la calle de Goswell; pero no

hay para ellos invitación de subir al entresuelo. Todo es sombrío y silencioso en la vivienda de mistress Bardell; ni aun la voz del niño se oye; sus juegos inocentes han cesado, porque su madre gime y se desespera; sus trompos y sus bolos están abandonados; ya no oye el grito familiar de sus camaradas, y ha perdido la habilidad que tenía para el juego de pares y nones. Sin embargo, señores, Mr. Pickwick, el infame destructor del oasis que reverdecía en el desierto de la calle de Goswell; Pickwick, que se presenta ante vos hoy con su infernal *salsa de tomates* y su innoble *calentador*, Pickwick levanta aun ante vos su frente de bronce, y contempla con ferocidad la ruina que ha causado. Costas, señores, fuertes costas, son el castigo que debéis aplicarle, el único consuelo que podéis dar á mi cliente; y con esta esperanza, apela ella en este momento á la inteligencia, á la elevación de espíritu, á la simpatía, á la conciencia, á la justicia, á la grandeza de alma de un jurado compuesto de sus más dignos conciudadanos.

Después de ésta bella peroración, Mr. Buzfuz se sentó, y el juez Stareleigh se despertó.

—Llamad á Isabel Cluppins — dijo el abogado levantándose con nuevo vigor.

El portero más cercano llama: «Isabel Tuppins»; otro á más distancia dijo: «Isabel Supkins»; y un tercero en fin gritó: «Isabel Funffin.»

Entretanto, mistress Cluppins, con la ayuda combinada de mistress Bardell y mistress Sanders, de mister Dodson y Mr. Fogg, fué conducida á la tribuna de los testigos. Cuando fué felizmente colocada en el escalón de arriba, mistress Bardell se colocó en el de abajo, en pie junto á ella, teniendo en una mano el pañuelo de su amiga y en otra una botella de cristal, que podía contener media pinta de sal de vinagre, á fin de prevenir cualquier acontecimiento. Mistress Sanders, cuyos ojos se fijaban atentamente en el rostro del juez, se colocó junto á mistress Bardell, teniendo en la mano izquierda un paraguas, y apoyando su dedo pulgar en el resorte, como para hacer ver que estaba dispuesta á abrirlo á la más ligera señal.

—Mistress Cluppins, — dijo Buzfuz, — tranquilizaos, os lo suplico.

Al oír estas palabras mistress Cluppins, como es natural, se puso á sollozar con gran violencia, y dió pruebas tan alarmantes de sensibilidad, que parecía que iba á desmayarse á cada momento.

Sin embargo, después de algunas preguntas poco importantes, Mr. Buzfuz le dijo:

—¿Os acordáis, mistress Cluppins, de haberos encon-

trado en la habitación del fondo, en el primer piso de la casa de mistress Bardell, mientras ella arreglaba el cuarto de Mr. Pickwick?

—Sí, señor y señores del jurado — respondió mistress Cluppins.

—¿La habitación de Mr. Pickwick está en el primer piso hacia la calle, no es eso?

—Sí, señor.

—¿Qué hacíais vos en la habitación de atrás? — preguntó el juez.

—¡Milord y señores! — exclamó mistress Cluppins, con una agitación interesante, — yo no puedo engañaros.

—Hacéis bien, señora — dijo el pequeño juez.

—Allí me encontraba yo sin que lo supiera mistress Bardell. Yo había salido con un pequeño cesto para comprar tres libras de legumbres, que me costaron dos peniques y medio, cuando ví entreabierta la puerta de mistress Bardell. Entré, señor, para darle los buenos días, subí las escaleras de una manera pacífica, y entré en la habitación de atrás...

—¿Y escuchasteis?...

—Sí, señor.

Mistress Cluppins, después de haber declarado solemnemente que Mr. Pickwick se dirigía á mistress Bardell, repitió lentamente la conversación que nuestros lectores conocen ya. Mr. Buzfuz sonrió, sentándose, y los jueces tomaron un aire sospechoso.

Mistress Cluppins, habiendo perdido el miedo, creyó conveniente hacer una corta disertación sobre sus asuntos domésticos. Principió por informar al tribunal de que era madre de ocho niños, y que tenía esperanzas de dar otro á Mr. Cluppins dentro de seis meses. Desgraciadamente, en este punto la interrumpió el juez con cólera, y á consecuencia de esta interrupción, la virtuosa dama y mistress Sanders fueron sacadas de la sala, escoltadas por Mr. Jackson, sin otra fórmula de proceso.

—¡Nathaniel Winkle! — dijo Mr. Skimpin.

—Presente — respondió Mr. Winkle con voz débil; después entró en la tribuna de los testigos, y después de haber prestado juramento, saludó al juez con gran deferencia.

—No os volváis hacia mí — le dijo agriamente el juez, respondiendo á su saludo; — mirad al jurado.

Mr. Winkle obedeció al instante esta orden y se volvió hacia el punto donde suponía que debía estar el jurado, porque en el estado de confusión en que se encontraba le era imposible ver cosa alguna.

Mr. Skimpin se ocupó en examinarlo. Este era un

joven de cuarenta y dos ó cuarenta y tres años, que prometía mucho, y que estaba muy deseoso de confundir, mientras le fuera posible, á un testigo de la parte contraria.

—Ahora, caballero, ¿tendréis la bondad de decir vuestro nombre al jurado y á los jueces? — dijo mister Skimpin, inclinándose para escuchar la respuesta, y para dirigir al mismo tiempo á los jueces una mirada que parecía indicar que la afición de Mr. Winkle al perjurio, podía inducirle á declarar en nombre distinto del suyo.

—Winkle, — respondió el testigo.

—¿Cuál es vuestro nombre de bautismo, caballero? — preguntó el juez, colérico.

—Nathaniel.

—¿Daniel?

Nathaniel, señor... digo, milord.

—¿Nathaniel Daniel? ó ¿Daniel Nathaniel?

—No señor, solamente Nathaniel, no Daniel.

—Entonces, ¿por qué me habéis dicho Daniel?

—No lo he dicho, señor.

—Lo habéis dicho, — contestó el juez con un austero fruncimiento de cejas. — ¿Cómo iba yo á escribir Daniel, si vos no lo hubiérais dicho?

Este argumento, evidentemente no tenía réplica.

—Mr. Winkle es flaco de memoria, milord, — interrumpió Mr. Skimpin, lanzando una ojeada al jurado; —pero espero que podremos avivársela.

—Atended, — dijo el juez al testigo, mirándole siniestramente.

El pobre Mr. Winkle saludó y fingió una tranquilidad que estaba muy lejos de tener.

—Ahora, Mr. Winkle, — dijo Mr. Skimpin, — escuchadme con atención; ¿no sois amigo íntimo de mister Pickwick?

—Conozco á Mr. Pickwick desde hace...

—Caballero, no eludáis la cuestión; ¿sois amigo de mister Pickwick, sí ó no?

—Precisamente iba á deciros...

—¿Queréis, sí ó no, responder á mi pregunta, caballero?

—Si no respondéis á la pregunta os haré prender, caballero, — exclamó el juez, mirando á mister Winkle.

—Vamos, caballero, ¿sí ó no? — repitió mister Skimpin.

—Sí lo soy, — dijo al fin mister Winkle.

—¡Ah, lo sois! ¿Y por qué no lo habéis dicho desde el principio? ¿conocéis, tal vez, á mistress Bardell?

—No señor, no la conozco, pero la he visto.

—¡Oh, no la conocéis, y la habéis visto! Ahora tened

la bondad de decir al jurado lo que entendéis por esa distinción.

—Entiendo que no tengo amistad con ella, pero que la he visto cuando he ido á casa de Mr. Pickwick, en la calle de Goswell.

—¿Cuántas veces la habéis visto?

—¿Cuántas veces?

—Sí señor, ¿cuántas veces? Os repetiré esta pregunta tantas veces como queráis.

Y el sabio jurisconsulto, después de haber fruncido severamente las cejas, puso sus manos en su cintura y sonrió con aire de sospecha.

Sobre esta pregunta se elevó la ordinaria controversia en semejantes casos. Primero, mister Winkle declaró que le era absolutamente imposible declarar cuántas veces había visto á mistress Bardell. Entonces se le preguntó si la había visto veinte veces; á lo cual respondió: «algo más». Si la había visto cien veces; si podía jurar que la había visto más de cincuenta veces; si no estaba seguro de haberla visto lo menos sesenta veces, etcétera, etcétera. Después, el interrogatorio continuó del modo siguiente:

—Mr. Winkle, ¿os acordáis de haber estado en casa de Mr. Pickwick, en el cuarto de la demandante, una mañana del mes de julio?

—Sí me acuerdo.

—¿Os acompañaba en aquella ocasión un amigo llamado Tupman y otro llamado Snodgrass?

—Sí señor.

—¿Están aquí?

—Sí señor, — respondió Mr. Winkle mirando con ansiedad al sitio en que se hallaban sus amigos.

—Os ruego, Mr. Winkle, que os ocupéis de mí más que de vuestros amigos, — respondió mister Skimpin lanzando otra mirada expresiva al jurado. — Ellos declararán sin tener consulta ninguna con vos, si no la han tenido ya (otra mirada al jurado). Ahora decid al jurado lo que vistéis al entrar en la habitación del demandado el día de la cuestión. ¡Vamos! queremos saberlo.

—Mr. Pickwick sostenía á mistres Bardell en sus brazos, — replicó Mr. Winkle, — y la demandante parecía desmayada.

—¿Habéis oído al demandado decir alguna cosa?

—Le he oído llamar á mistress Bardell buen alma, y decirle que se calmara, haciéndole ver en qué situación se encontrarían si alguien llegaba en aquel momento.

—Ahora, Mr. Winkle, no tengo más que una pregunta que haceros, y os suplico que recordéis la adver-

tencia de milord. ¿Queréis afirmar bajo juramento que Mr. Pickwick en esa ocasión no dijo: «querida mistress Bardell, sois una buena alma... habituaos á esta situación... algún día podréis hacerlo aún delante de alguno» ó cosa parecida?

—Yo... yo no lo he comprendido así, — dijo mistress Winkle, admirado de la ingeniosa explicación dada á las pocas palabras que había oído. — Yo estaba en la escalera, y no he podido oír distintamente. La impresión que he conservado es que...

—¡Ah! — interrumpió Mr. Skimpin, — los señores del jurado no tienen necesidad de vuestras impresiones, que me figuro no satisfarán á las personas honradas y francas. Vos estábais en la escalera y no visteis indistintamente; pero no queréis jurar que mister Pickwick se sirvió de las expresiones que acabo de citar. Ya os comprendo.

—No, no puedo jurarlo, — replicó Mr. Winkle.

Mr. Skimpin se sentó en ademán de triunfo.

Hasta aquí la causa de Mr. Pickwick no había marchado muy felizmente; pero como se podía desear aclararla un poco, Mr. Phunky se levantó, á fin de sacar de Mr. Winkle algo importante en un contra-exámen.

—Creo, Mr. Winkle, — dijo, — que Mr. Pickwick no es joven.

—¡Oh, no! — respondió Mr. Winkle, — tiene bastante edad para ser mi padre.

—Habéis dicho á mi sabio amigo que hacía mucho tiempo que conocíais á Mr. Pickwick; ¿habéis tenido alguna vez razones para creerle dispuesto á casarse?

—¡Oh, no! ¡ciertamente no! — replicó Mr. Winkle con tanta precipitación, que Mr. Phunky hubiera debido sacarle de la tribuna lo más pronto posible.

Los prácticos en estas cosas dicen que hay dos especies de testigos igualmente peligrosos: el testigo reacio y el testigo que tiene demasiada buena voluntad. Fué el destino de Mr. Winkle figurar de estos dos modos en la causa de su amigo.

—Iré aún más lejos, — continuó mister Phunky, en tono satisfecho y confiado; — ¿habéis visto alguna vez en las maneras de mister Pickwick con el bello sexo algo que pueda induciros á creer que es capaz de renunciar á la vida de soltero?

—¡Oh, no! ¡ciertamente no!

—En sus relaciones con las damas, ¿su conducta no ha sido siempre la de un hombre que, habiendo llegado á una edad avanzada, las trata siempre como un padre á sus hijas?

—No hay en eso la menor duda, — contestó Mr. Winkle con efusión. — Es decir... sí... ¡oh, ciertamente!

—¿No habéis advertido en su conducta para con mistress Bardell, ó para con otra mujer, nada que fuera sospechoso? — añadió Mr. Phunky, preparándose á sentarse, porque Mr. Snubbins le hacía signos.

—No, no, — respondió Mr. Winkle, — excepto una lijera circunstancia que podría ser satisfactoriamente explicada.

Esta deplorable confesión no hubiera tenido lugar si Mr. Phunky se hubiera sentado cuando Mr. Snubbins se lo indicó, ó si mister Buzfuz hubiera impedido aquel contra exámen irregular. Pero este se guardó bien de hacerlo, porque había notado la ansiedad de Mr. Winkle, y había comprendido que su cliente sacaría algún partido. Mr. Phunky se sentó al fin, y Mr. Snubbins mandó al testigo dejar la tribuna, cuando Mr. Buzfuz le detuvo.

—Esperad, Mr. Winkle, esperad, — le dijo.

Después dirigiéndose al juez, continuó:

—¿Vuestra señoría quiere tener la bondad de preguntar á Mr. Winkle en qué circunstancia se condujo Mr. Pickwick de una manera sospechosa para con las mujeres?

—Caballero, — dijo el juez, volviéndose al desdichado testigo; — ya habéis oído la pregunta del sabio letrado. Describid la circunstancia á que habéis aludido.

—Milord, — respondió Mr. Winkle, temblando de ansiedad; — yo... yo desearía guardar silencio sobre este punto.

—Es necesario hablar.

Entre el profundo silencio de la concurrencia, mister Winkle balbuceó que la circunstancia sospechosa era que Mr. Pickwick había sido encontrado en la alcoba de una dama, lo cual había terminado, según Mr. Winkle, por la ruptura del matrimonio proyectado de dicha dama y por la comparación de los pickwickianos ante Mr. Nupkins, juez de Ipswich.

—Podéis dejar la tribuna, — dijo entonces mister Snubbins.

Mr. Winkle la dejó, en efecto, y se precipitó hacia su casa, donde fué encontrado por el criado algunas horas después con la cabeza sepultada entre los cojines de su sofá, y lanzando unos gemidos que partían del corazón.

Tracy Tupman y Augusto Snodgrass fueron sucesivamente llamados á la tribuna. Uno y otro corroboraron la declaración de su desgraciado amigo, y los dos fueron reducidos á la desesperación por ruidosas preguntas.

Susana Sanders fué llamada en seguida é interrogada. Siempre había dicho y creído que Mr. Pickwick se

casaría con mistress Bardell; sabía que después de mayo ó de julio, el futuro matrimonio de mister Pickwick y de mistress Bardell era el asunto ordinario de las conversaciones de la vecindad. Había oído á mister Pickwick preguntar al chico si deseaba tener otro padre; ella pensaba que mistress Bardell se había desmayado porque Mr. Pickwick le dijo que fijara el día.

Interrogada por el juez, Mr. Stareleigh, mistress Sanders respondió que, mientras mister Sanders le hacía la corte, había recibido de él cartas amorosas como las demás señoras.

Después de esta declaración capital, Mr. Buzfuz se levantó con más aire de importancia que antes, y dijo con voz fuerte:

—Llamad á Sam Weller.

Era inútil llamar á Sam Weller, porque Sam Weller subió á la tribuna en el momento en que fué pronunciado su nombre. Puso el sombrero en el suelo, los brazos en la balaustrada, examinó la concurrencia á vista de pájaro, con ademán notablemente gracioso y jovial.

—¿Cómo os llamáis? — preguntó el juez.

—Sam Weller, milord, — respondió.

—¿Lo escribís con V ó con W?

—Eso depende del gusto y del capricho del que lo escribe, milord; yo no he tenido ocasión de escribirlo más que una vez ó dos, y entonces lo escribí con V.

Entonces se oyó en la galería una voz que gritaba:

—Bien, Samuelillo, muy bien; poned una V, caballero.

—¿Quién se permite apostrofar al tribunal, — exclamó el juez, alzando los ojos; — ¡portero!

—Milord.

—Traed aquí á esa persona, inmediatamente.

—Sí, milord.

Pero como el portero no pudo encontrar á nadie, á nadie trajo, y después de una gran conmoción, todos los concurrentes, que se habían levantado para mirar al culpable, se volvieron á sentar.

En cuanto la indignación permitió hablar al juez, se volvió hacia el testigo, y le dijo:

—¿Sabéis quien era?

—Sospecho que era mi padre.

—¿Le veís ahora?

—No señor, no le veo.

—Si hubiérais podido mostrármelo, le hubiera hecho prender inmediatamente, — respondió el irascible juez.

Sam saludó con reconocimiento y se volvió hacia mister Buzfuz, con su buen humor imperturbable.

—¿Estáis al servicio de mister Pickwick? — dijo Mr. Buzfuz; — hablad, Mr. Weller.

—Sí señor, voy á hablar; estoy al servicio de ese caballero y es un gran amo.

—Poco que hacer y mucho salario, — dijo mister Buzfuz con malignidad.

—¡Ah, sí! mucho salario, como decía el soldado cuando se le condenó á ciento cincuenta latigazos.

—No necesitamos saber lo que dijo el soldado, — interrumpió el juez.

—Muy bien, milord.

—¿Recordáis alguna cosa notable sucedida en la mañana en que entrásteis á servir con vuestro amo?

—Sí señor.

—Decid lo que fué.

—Me dieron un vestido nuevo aquella mañana, y esa es una circunstancia notable para mí.

Estas palabras excitaron una risa general; pero el juez llenándose de cólera, exclamó:

—Cuidado con lo que hacéis.

—Eso fué lo que me dijo Mr. Pickwick entonces, señores, que cuidara lo que hacía con el vestido.

Durante dos minutos, miró el juez severamente el rostro de Sam; pero viendo que sus facciones permanecían en calma, no dijo nada é hizo al abogado señal de continuar.

—¿Y pretendéis decirme, Mr. Weller, — continuó el abogado, — que no habéis visto á mistress Bardell desmayada en brazos de Mr. Pickwick, como acabáis de oír declarar á los demás testigos?

—No señor, no he visto tal cosa; yo estaba en el corredor hasta que me llamaron, y ya la vieja se había marchado.

—Ahora, atended, Mr. Weller, — continuó Mr. Buzfuz, mojando una enorme pluma en su tintero, á fin de asustar á Sam, haciéndole creer que iba á anotar su respuesta. — ¿Estábais en el corredor y no visteis nada de lo que pasaba? ¿tenéis ojos, Mr. Weller?

—Sí, ojos tengo; y por lo mismo, si fueran microscopios de gas, de esos que aumentan cien mil millones de veces, hubiera podido ver algo á través de la escalera y de las puertas de madera; pero como no tengo más que ojos, ya comprendéis, mi visión es limitada.

Al oír esta respuesta, que fué dada de la manera más sencilla y sin la más leve apariencia de irritación, los espectadores rieron y sonrió el pequeño juez. Después de una breve consulta con Dodson y Fogg, el sabio abogado se volvió de nuevo á Sam Weller, y le dijo:

—Ahora, Mr. Weller, os haré otra pregunta.

—Estoy á vuestras órdenes, — contestó Sam con admirable buen humor.

—¿Os acordáis de haber ido á casa de mistress Bar-

dell una tarde de noviembre?

—Sí, sí muy bien.

—¡Ah! ¿os acordáis de eso, Mr. Weller? — dijo el abogado, recobrando su locuacidad; — ya creí yo que llegaríamos á eso.

—Yo también, — contestó Sam; y los espectadores empezaron á reír.

—Bien, supongo que fuísteis á hablar un poco del proceso, ¿eh, Mr. Weller?

—Fuí á pagar el alquiler, pero hablamos un poco del proceso.

—Ya, hablásteis, — dijo Buzfuz, muy contento; — ¿queréis tener la bondad de decirnos algo de lo que hablásteis?

—Con el mayor gusto. Después de algunas observaciones poco importantes de las dos respetables damas aquí presentes, se pasmaron de admiración por la virtuosa conducta de Mr. Dodson y Mr. Fogg, esos dos caballeros que están sentados junto á vos.

Esto, como es natural, atrajo la atención de todos sobre Dodson y Fogg, que tomaron el ademán más virtuoso posible.

—¡Ah! — dij Mr. Buzfuz, — estas damas hablaron con elogio de la digna conducta de misters Dodson y Fogg, los abogados de mistress Bardell.

—Sí señor; dijeron que era una generosidad de su parte encargarse de este negocio por especulación, y no pedir nada por los gastos, si no conseguían que los pagase Mr. Pickwick.

Al oír esta réplica inesperada, los espectadores rieron de nuevo, y Dodson y Fogg, que estaban de color de púrpura, se inclinaron hacia Mr. Buzfuz, y con aire muy perentorio, cuchichearon algunas palabras á su oído.

—Tenéis mucha razón, — respondió en voz alta el abogado, afectando tranquilidad. — Es perfectamente imposible sacar la menor luz de la impenetrable estupidéz de este testigo. No abusaré de la bondad del tribunal, haciéndole más preguntas. Podéis bajar.

—¿No hay otro caballero que quiera hacerme una pregunta? — dijo Sam, tomando el sombrero, y mirando á todos lados con aire resuelto.

—No, Mr. Weller, gracias, — dijo Mr. Snubbins sonriendo.

—Podéis bajar, — repitió Mr. Buzfuz, agitando la mano con impaciencia.

Sam bajó, después de haber hecho todo el mal posible á misters Dodson y Fogg, y de haber hablado lo menos posible del asunto de Mr. Pickwick, que era el doble objeto que se había propuesto.

Mr. Snubbins se dirigió entonces al jurado en favor de Mr. Pickwick, y pronunció un largo y enfático discurso, en que prodigaba los más grandes elogios á la vida privada y á las costumbres de Mr. Pickwick; pero como nuestros lectores deben conocer á nuestro héroe mucho mejor que Mr. Snubbins, no creemos oportuno copiar su peroración. Se esforzó en probar que las cartas allí leídas se referían tan sólo á la comida de mister Pickwick y á los preparativos de su habitación para recibirle á su vuelta. En fin, habló lo mejor que pudo en favor de nuestro héroe.

El juez, Mr. Stareleigh, hizo el resumen siguiendo las formas acostumbradas; después de su arenga, el jurado se retiró para deliberar, y el juez se retiró á su gabinete para corroborarse con una chuleta de carnero y un vaso de Jerez.

¡Un cuarto de hora de ansiedad pasó! Volvió el jurado, mandaron á buscar al juez, mister Pickwick se puso los anteojos y contempló al presidente del jurado con el corazón palpitante y mucha agitación.

—Señores, ¿estáis acordes en vuestra sentencia? — dijo el individuo vestido de negro.

—Sí; estamos acordes, — respondió el presidente del jurado.

—¿En favor de quién os decidís?

—En favor de la demandante.

—¿Y la indemnización?

—Setecientas cincuenta libras esterlinas.

Mr. Pickwick se quitó los anteojos, limpió cuidadosamente los cristales, los encerró en el estuche y se los metió en el bolsillo; después, poniéndose los guantes sin dejar de contemplar al presidente del jurado, siguió maquinalmente fuera de la sala á Mr. Perker y al saco azul.

Mr. Perker se detuvo en una sala vecina para pagar ciertos honorarios. Allí se reunieron á Mr. Pickwick sus tres amigos, y allí también encontró á misters Dodson y Fogg, frotándose las manos con todas las señales exteriores de una viva satisfacción.

—Y qué señores, — dijo Mr. Pickwick, — creéis que váis á embolsaros las costas?

Fogg respondió que lo creía muy probable, y Dodson sonrió diciendo que lo intentaría.

—Podéis intentarlo, intentarlo, intentarlo, señores Dodson y Fogg, — exclamó Mr. Pickwick con vehemencia; — pero de mí no sacaréis ni un penique, aunque debiera pasar el resto de mi vida en una prisión por deudas.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Dodson, — ya lo pensaréis bien antes de que llegue el plazo.

—Lo veremos, Mr. Pickwick, — dijo Fogg.
Mudo de indignación, Mr. Pickwick se dejó arrastrar por su procurador y por sus amigos, que le hicieron subir en un coche que acababa de traer el solícito Sam Weller.

CAPITULO XXXV

En el cual Mr. Pickwick piensa que lo mejor que debe hacer es ir á Bath, y por consiguiente va.

—Pero mi querido amigo, — dijo el pequeño Perker á Mr. Pickwick, á quien había ido á ver la mañana siguiente del juicio; — ¿decís seriamente que no pagáis las costas?

—Ni medio penique, — repitió Pickwick con firmeza.

—¡Hurra! vivan los principios, — exclamó Sam.

—Sam, — dijo Mr. Pickwick, — haz el favor de irte abajo.

—Voy, señor, — dijo Sam muy obediente.

—No, Perker, — continuó Mr. Pickwick en tono muy serio; — mis amigos aquí presentes se han esforzado en disuadirme de esta determinación; mis adversarios tienen poder para conseguir mi prisión, y si son bastante viles para encarcelarme, yo me someteré á las leyes con toda tranquilidad; ¿cuándo pueden hacer esto?

—El plazo cumplirá dentro de dos meses.

—Muy bien; de aquí allá no me habléis de este asunto. Y ahora, — continuó mister Pickwick mirando á sus amigos con una sonrisa benévola y una mirada brillante que ningún anteojo podía oscurecer; — ahora, ¿á dónde dirigimos nuestra próxima excursión?

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass estaban muy afectados del heroísmo de su amigo, para poder dar una respuesta; Mr. Winkle no había perdido aún el recuerdo de su declaración, para atreverse á levantar la voz sobre ningún asunto; Mr. Pickwick esperó en vano.

—Pues bien, si me permitís elegir, yo iré á Bath. Creo que ninguno de vosotros ha estado allí.

Esta determinación fué aceptada por unanimidad, y Sam fué enviado á *El Caballo blanco* para tomar cin-